

Fernando Del Paso

Notirías del Imperio

Editorial Oveja Negra, Bogotá, 1988, 670 páginas

Esta extensa y compleja narración, el cuarto libro publicado por el mexicano Fernando Del Paso en treinta años de vida literaria, es una de las obras mayores de la novelística hispanoamericana contemporánea, al lado de **Pedro Páramo**, **El Siglo de las Luces y Cien Años de Soledad**. Se trata de una novela histórica, de la estirpe de **Memorias de Adriano** e incluso de **El Nombre de la Rosa**, que reconstruye el llamado Imperio mexicano, ese trágico periodo entre 1864 y 1867 durante el cual el país de Juárez estuvo ocupado por Napoleón III y gobernado por

Maximiliano de Austria. Pero la recreación de la invasión francesa y del reinado de los Habsburgo que ella impuso, alcanza proporciones épicas en el texto de Del Paso. Y se nos presenta en un vasto fresco de mil matices y texturas, que recoge toda la polémica erudita de historiadores y cronistas en tomo a la desdichada aventura de Maximiliano y Carlota, y al propio tiempo despliega en su calidescópica riqueza, más allá del pintoresquismo y el romanticismo del episodio, la realidad mexicana y latinoamericana de mediados del siglo XIX. Resulta difícil hallar en la narrativa actual una novela tan construida, con tanto trabajo de laboratorio, y a la vez tan vital, tan parecida a la vida, como **Noticias del Imperio**. Por su exquisita factura, por su fascinante argumento y por su honda reflexión sobre las relaciones entre lo latinoamericano y lo europeo, y entre lo novelesco y lo histórico, este ambicioso relato es sin duda la obra de ficción más importante publicada en esta década en cualquier lengua, desde la magistral *summa medieval* de Umberto Eco.

El libro tiene veintitrés capítulos agrupados alrededor de dos ejes narrativos bien diferenciados: los doce capítulos impares, colocados todos bajo el título genérico de "Castillo de Bouchout, 1927", recogen el delirio de la emperatriz Carlota en su lecho

de muerte cuando, sesenta años después del fusilamiento del emperador Maximiliano en Querétaro, evoca su vida entera y los hechos violentos y maravillosos de su aventura mexicana; y los once capítulos pares reúnen cada uno tres testimonios o "noticias" del Imperio de los Habsburgo en México, que se convierten en treinta y tres versiones diferentes de la época, los personajes y los acontecimientos que giran en torno a Napoleón III y Eugenia de Montijo, Maximiliano y Carlota, y Juárez y el México de la Reforma.

Los recuerdos de Carlota, quien perdió la razón al salir de México antes de la caída de su esposo o poco después, constituyen una mirada entre esquizofrénica y poética a la aristocracia europea, a la materia de América y a los claroscuros en la vida de una pareja tocada por la gloria y la tragedia. Mientras se hunde sin remedio en las arenas movedizas de la locura y de la muerte, Carlota de Bélgica dirige su discurso acusativo a un Maximiliano ubicuo e intemporal, objeto de todo el odio y también de todo el amor de una sombra de mujer que no puede reconciliar, ni siquiera en las alucinaciones de su agonía, el colapso fastuoso de la **belle époque** con el esplendor mortal del Imperio mexicano. Uno de los logros principales de la novela de Del Paso es que la imagen "histórica" del archiduque austriaco, convertido por Luis Napoleón el Pequeño en emperador de México en una peripelia más del desventurado destino colonial de América Latina, está formada tanto por las evocaciones demenciales de su viuda cuanto por las memorias fidedignas de sus contemporáneos y los estudiosos posteriores.

Pero si las secretas nostalgias de la emperatriz nos ofrecen la visión europea y a la vez íntima del malogrado archiduque, las múltiples voces de los actores y testigos del drama nos en-

tregan la visión americana y pública del extranjero usurpador. En esta dimensión del texto, la más densa y la más compleja por su composición casi sinfónica, la maestría del autor alcanza alturas pocas veces logradas en la literatura en lengua castellana. Al lado de relatos objetivos en tercera persona, como las conversaciones de Juárez con su secretario o la crónica dantesca del sitio de Puebla por los franceses en 1862, Del Paso ha escrito páginas de antología, como las cartas cruzadas por dos hermanos que a ambos lados del Atlántico discurren sobre la invasión y la entronización del austriaco o como la confesión de amor^dei jardinero de la quinta imperial en Cuerna vaca, los corridos populares de la época, el alegato amatorio y forense del general juarista que ensaya la acusación judicial contra el monarca destronado y prisionero o las confidencias erótico-religiosas de la criolla que concede sus favores a la mitad de la oficialidad del ejército napoleónico. Cada historia, cada noticia está escrita con tal verdad que el punto de vista, el lenguaje y el clima de la narración cambian por completo de un subcapítulo al otro y componen así la imagen de un México desgarrado y anhelante, reflejado en los fragmentos dispersos de un espejo roto en el cual busca en vano su propia identidad.

Cuando ya el mosaico (o el mural, porque hay mucho de pictórico en la escritura de Del Paso, auténtico muralista de la novela) tiene la anchura y la profundidad de un mundo, el novelista arrebata la palabra a sus criaturas y reflexiona en voz alta sobre la verdad y la leyenda de Maximiliano y Carlota, Juárez y México, América Latina y Europa. Del Paso pasa revista a la bibliografía del Imperio, discute las ideas de Lukacs acerca de la novela histórica y concluye que no hay Historia sino historias pues, como dice Paul Veyne en otro lugar, la historia no es más que una novela verdadera.

Pero aquí no termina, no puede terminar, una obra de arte de la jerarquía de Noticias del imperio. En medio de sus divagaciones para una teoría de la novela histórica y de la historia como novela, Del Paso vuelve a caer bajo el hechizo de la imaginación y en un paisaje inolvidable se apiada de sus personajes: pobre Carlota, si pudieramos inventar para ella una locura infinita que le asegure el Imperio que fue, que es y que será; pobre Maximiliano, si pudieramos inventar para él una muerte más poética y más imperial, para evitar que muera sin ceremonia, a manos de sus propios súbditos, él que amaba la pompa y la circunstancia; ah, si pudieramos escribir un Ce-

Emperador. Nos encontramos entonces con el último de los capítulos de noticias imperiales, ¡jue es ya el del autor a lo largo de las seiscientas cuarenta páginas precedentes. Las diez páginas siguientes transcriben el más prodigioso de los reglamentos, un prolígio y sumuoso ceremonial de la Corte que se propone regular lo impensable: la muerte ritual, es decir, justificable y deseable, de un monarca absoluto. Y sin embargo, esa muerte más poética y más imperial, ta parodia del discurso normativo, de los en la literatura contemporánea, está cargada de sentido, es el homenaje postrero de las formas, de esa forma superior que es la palabra, a!

formalista - por antonomasia, o que! que reina pero no gobierna, aquel que reina en la ceremonia y en el papel de la ley mas no en la vida ni en el corazón de las gentes. Hémos aquí ante la novela como legislación del mundo y ante el novelista como codificador de esa fantasía que es Ir. realidad.

Deslumbrante en su arquitectura textual y entrañable en su temática plural, Noticias del Imperio es una gran novela y algo más: un libro indispensable.

Hernando Valencia Villa. Abogado, investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.